

Una antología recopila 200 artículos de prensa publicados por el autor gallego a lo largo de medio siglo

## Cunqueiro, un escritor que era un género

MANUEL MORALES, Madrid  
Con solo dos dedos, a toda velocidad en su máquina Smith Premier y sin hacer correcciones. Así escribía Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, Lugo, 1911-Vigo, 1981) sus artículos para prensa, en los que desplegó sus muchos universos el autor gallego: de los comentarios de grandes poetas a los paisajes de Galicia, de las leyendas marinas, contadas por alguien que no sabía nadar, al gusto por detallar dónde se podían comer los mejores bacalao lusitanos o las variedades de empanada... Estas y otras mil historias surcaron los 50 años del Cunqueiro periodista, quien, con su peculiar visión del oficio de reportero, afirmaba que “las noticias verdaderas son las que tienen trescientos años [...] las noticias modernas son falsas”. La antología *Al pasar de los años*, publicada por la Fundación José Antonio de Castro, recoge 200 artículos, seleccionados por el periodista Miguel González Somovilla, cuyos cálculos sitúan el corpus del Cunqueiro articulista (1930-1981) en 20.000 textos en medio centenar de cabeceras.

“Este libro está dirigido a un lector que quizás no ha conocido mucho la obra de Cunqueiro. Da una visión panorámica de él”, señala César Cunqueiro, hijo del escritor. “Ayuda a entender su personalidad, la de un escritor sin género”, completa Somovilla. O un escritor que era un género en sí mismo: “A mis lectores cuento mi sorpresa o preocupación del día, el recuerdo del último viaje y de todo ello quiero deducir y mostrar que la vida es inmensamente rica y que el aburrimiento es una traición”,

escribió en 1964 en el *Faro de Vigo*, el periódico en el que más colaboró y que dirigió cinco años (1965-1970). Cunqueiro se permitía además algo impensable en la prensa de hoy: colaborar a la vez en medios rivales.

*Al pasar de los años* está dividido en 10 áreas y se abre con el primer escrito de Cunqueiro, un soneto titulado *De un libro*, publicado en un semanario y en gallego. “Él siempre decía que su lengua materna y esencial para expresarse era el gallego, pero como profesional escribía también en castellano porque llegaba a más gente”, añade Somovilla. Como ocurre con el Cunqueiro novelista de *Merlín y familia* y *Las crónicas del sochantre*, su escritura periodística es una delicia, aunque “a veces pueden parecer sus frases endiabladas, por tantas subordinadas, incisos y citas de santos y personajes históricos”, admite Somovilla. “Él se consideraba poeta, hay artículos que podrían ser poemas en prosa”. Y el primer verso sería el título: *Tierras que fueron, Historias con sirena dentro, Volando con el trueno...* El punto de partida, en boca del propio Cunqueiro, era siempre el mismo: “Hacer cotidiano lo fantástico, aun a costa de teñir de fantástico lo real”.

Este tipo de afirmaciones ha llevado a “una lectura tópica de Cunqueiro”, apunta su hijo. “Que toda su obra es imaginación y fantasía, un análisis que me aburre. Hoy cabe una visión más profunda, la de que sus obras son un inmenso diario, con una visión del mundo compleja”. Esa bruma entre lo real y lo fabuloso la define su hijo como “textos liberados de espacio



Álvaro Cunqueiro, en su casa de Mondoñedo en una imagen de 1959. Debajo, su último carnet de prensa. / EDITORIAL GALAXIA / FUNDACIÓN PENZOL



y tiempo, en los que todo se transforma”. Por encima de estas consideraciones, es palmario que “en su obra Galicia era el paisaje de fondo, aunque hablase de Simbad el Marino”, añade el antólogo. Y unido a Galicia, el Camino de Santiago, “una de las venas mayores de Europa”, de-

“A mis lectores cuento mi sorpresa o preocupación del día”, escribió

Hablaba de curanderos y sanadores en revistas médicas

En este volumen ha reunido 17 artículos de su ruta jacobea, que realizó en coche y le dejó un tanto desolado. Eran los comienzos de los años sesenta, en un Camino en el que apenas había peregrinos, a los que, además, las condiciones del recorrido no les ayudaban.

De las cuitas del alma a las del cuerpo. Solo alguien como él podía escribir sobre curanderos y sanadores en revistas científicas, en las que dio cuenta de las diferencias entre amuletos y talismanes y de la especuloterapia o curación por espejos. Y probó de estas medicinas haciendo pronósticos de los partidos de fútbol de los equipos gallegos con una vieja baraja de tarot. En un giro típicamente cunqueiriano, publicaba sus vaticinios en el *Faro de Vigo* y los explicaba en *El Progreso* de Lugo.

### Falange

La edición incluye una cronología en la que se señalan dos puntos controvertidos de su vida. Pasó, de joven, de proclamarse galleguista y republicano a, con la Guerra Civil, convertirse en un adepto al régimen franquista, hasta llegar a subdirector de *Vértice*, publicación de Falange. “Empezada la guerra, envié una carta a un amigo periodista en la que se ve que tiene dudas”, señala Somovilla. “Es indudable que era una persona conservadora, católico, respetaba las tradiciones... Creo que intervino el instinto de supervivencia”. Ambivalente, dejó dos declaraciones: “Nunca fui franquista” y “soy antimarxista visceral”.

Sin embargo, Cunqueiro “cayó en sus contradicciones y acabó siendo víctima del franquismo”. Se refiere el antólogo a dos sucesos “de picaresca” por los que fue, primero, expulsado de Falange “por un episodio de venta fraudulenta”, decía la solicitud, y más adelante, del registro de periodistas, “por cobrar un adelanto de un trabajo que no realizó”. Miguel González Somovilla cuenta que este proceso “se hizo con saña, incluso se envió una nota a los medios para que dieran cuenta de ello en sus portadas”.

Rehabilitado en 1962, Cunqueiro fue periodista hasta el último parpadeo. “Lo recuerdo casi ciego dictando artículos gracias a su memoria”, recuerda su hijo. Murió el 28 de febrero de 1981. Se publicaron tres artículos póstumos y las campanas de la catedral de Mondoñedo doblaron en honor de quien aseguraba que su intención como escritor era “encantar con la palabra, como el encantador de serpientes con la flauta”.

CAFÉ PEREC / ENRIQUE VILA-MATAS

## La esquina Steiner

Decidí a medianoche apostarme en una esquina del barrio y, de entre lo que alcanzara a ver allí a lo largo de cinco minutos exactos, elegir lo más insignificante, o lo contrario. ¿Experimento oulipiano? ¿Homenaje al Perec de la Place Saint-Sulpice? Tal vez sólo un intento de centrar mi atención en una esquina sin nombre y sin historia. Estuve plantado en ella más de cuatro minutos sin que ocurriera nada y, por no pasar, no pasó por allí ni un ser humano, hasta que en los últimos segundos dobló la esquina un tipo de mediana estatura, con sombrero y gabardina, que de pronto se detuvo para atarse los cordones de su zapato izquierdo.

Retuve la imagen del desatado zapato y, mientras regresaba a casa, no podía dejar de pensar en la mañana de verano en la que Ernst Jünger, siendo un niño, despertó con unas ganas inmensas de ir al bosque. Era muy temprano, aún no habían traído el pan y el silencio reinaba en toda la casa paterna. No había inconvenientes para escapar. Pero tenía un problema: aunque sabía ponerse las botas, no sabía hacer la lazada. “Pero querer es poder y todavía me acuerdo de la alegría que me entró cuando logré hacer la maniobra”, explicaba el longevo Jünger en Bilbao cien años después, orgulloso de no haberse contentado aquel día con hacer

un nudo y haber preferido la lazada, algo que más adelante le había llevado a comprender que para escribir había que saber trenzar lazadas.

Lo que son las cosas: a Giorgio Manganelli, en cambio, ser un inepto para las lazadas le llevó directo a la escritura. ¡Manganelli! Me divertí una barbaridad el año pasado con él y con su restrictivo ejercicio o brevísima *Vida de Samuel Johnson*, publicada por Gatopardo. Fue un narrador de genio, hoy un tanto olvidado, quizás porque pertenece a la época en la que todavía se valoraba en el arte lo verdaderamente difícil, el libro excelente detrás del que había un intenso trabajo.

Para Manganelli fue decisiva su incapacidad para anudarse los zapatos: “No sabía atármelos. Ahora bien: no sólo no es imposible, sino del todo razonable, suponer que en aquel entonces nació lo que por pura diversión podría llamar la vocación del escritor [...] ¿No sé atarme los

cordones de los zapatos? Bien, escribiré libros”.

Jünger y Manganelli y la sombra de la medianoche me transportaron hasta George Steiner y la reveladora frase que cerró la “entrevista póstuma” que le hiciera su amigo Nuccio Ordine: “Uno de los logros más bellos de mi existencia fue cuando conseguí atarme los zapatos por primera vez con la mano impedida”. Creo que con esas palabras Steiner elevó a la máxima potencia la máxima de Spinoza que, a modo de consigna, su padre le había repetido en la infancia tantas veces: “Todo lo excelso es tan difícil como raro”. Frase que, por lo demás, me recuerda siempre a esa explosión de alegría que Steiner decía que sólo se puede alcanzar cuando no te lo han puesto nada fácil, pero has vencido un buen número de dificultades: “Porque entonces, cuando llega el éxito, éste es una risotada de alegría”.